

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae sententias susceperitis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet...
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificado.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Sayedra, 55, rue Tailbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

DOS CARTAS

DEL DOCTOR MATEOS GAGO A LOS CABRERISTAS DE SEVILLA.

AL ESCOLAPIO APOSTATA

JUAN BAUTISTA CABRERA.

Apénas tardó dos días el Sr. Cabrera en cubrirse de oprobio y de ridículo intentando contestar a mi anterior carta del día 8. El pobre apóstata ha probado una vez más que es un hombre para un apuro. Parece que se encargó de comentar las palabras que yo citaba de Isaías: «Los fabricantes de errores vivirán siempre en la vergüenza y la confusión», y es preciso convenir en que lo consiguió por completo. En letras enormes de cartel, del cuerpo 28, publicado, fechada el 12, una sábana inmensa, cuyo contenido es el siguiente:

«Cuarta contestación de D. Juan B. Cabrera al doctor Francisco Mateos Gago. Muy señor mío: A su carta del 8 del actual, a que no tengo necesidad de aplicar calificativo alguno, porque es indigna hasta de la persona más vulgar, contestaré solo con palabras para Vd. irrecusables, y que no mancharán los labios de los que las pronuncian como sucede con las de Vd.»

«En las sagradas escrituras leemos.» En seguida el calumniador de oficio copia 20 pasajes de la Escritura en que el Espíritu Santo pinta al cabrerismo; tales como: «No dirás falso testimonio contra tu prójimo.» (Ex. 20, 16.) «El que de otro dice mal en secreto no es menos que una sierpe que muerde sin ruido.» (Ecles. X. 12.) etcétera, etc., y concluidos los textos acaba de esta manera: «Hé ahí, señor doctor, lo que debo decir a Vd. en respuesta a sus calumnias, impropiedades, inconveniencias y obscenidades.»

«En cuanto a la pequeña parte de polémica que usted presenta, tendré el placer de contestarle en *El Cristianismo*, así como el orden de materias lo permita.»

«Soy de Vd. afectísimo S. S., Juan B. Cabrera. Sevilla, 12 de Junio de 1869.»

No se le ha ocurrido más al que dejó la tranquila ocupación de pintar paredes en Gibraltar, para traer a esta ciudad, por «encargo extranjero», el cisma y la glorificación de la apostasía. Aunque no lo merezca el escrito, debo a la consideración personal del padre escolapio la siguiente contestación.

CARTA QUINTA

DEL DR. D. FRANCISCO MATEOS GAGO

AL APOSTATA JUAN B. CABRERA.

SEVILLA, 13 de Junio de 1869.—Un amigo acaba de entregarme en este instante el papelón titulado: «Cuarta contestación de D. Juan B. Cabrera al Dr. Francisco Mateos Gago, que parece venden los ciegos a la voz de «La interesante carta con la contestación del cura protestante, etc.» En el epígrafe «cuarta contestación» encuentro dos equivocaciones garrales; es la primera, que Vd. no contesta, en su nuevo papel, ni una palabra a mi última carta; Vd. mismo lo dice, pero aunque así no fuese, no haría falta su confesión para convencerse de ello. La segunda equivocación consiste en llamar «cuarta» a la pretendida contestación, cuando todavía estoy aguardando que Vd. me acoja el recibo de mis cartas del 6 y 27 de Abril último. Ello es, que las enormes letras con que ha llenado su presente papel, lo han sacado de un gran apuro, al efecto de poderlo vender a dos cuartos, pues si las letras fuesen comunes y corrientes, claro es que no hubiera podido colar ni a ochavo de cinco céntimos.

Entre las poquitas palabras de propio caletre, puestas por Vd. en ese gran camelo que ha querido llamar «cuarta contestación», me encuentro que al pie de la protesta que hace de «no usar calificativo alguno», se sirve decir de mi última carta, que «es indigna hasta de la persona más vulgar.» Ciertamente, pero yo, y creo que el público todo conmigo, hemos juzgado que mi dicha carta, es oportunísima, y sobre todo, «dignísima de la persona a quien se dirige», y eso bastaba para mi tranquilidad. Todo el gran papel de su «cuarta contestación» se reduce a que Vd. me regala una colección de veinte fotografías disfrazadas bajo las apariencias de veinte pasajes de la Sagrada Escritura. ¡Qué listo es Vd. padre mío! Mas yo no me he dejado sorprender, y apenas eché la vista sobre dichos textos, conocí que eran retratos que en veinte posturas distintas lo fotografian a Vd. «*ad plantam pedis usque ad verticem capitis*», ó sea desde la suela del zapato hasta el sitio en que antiguamente tuvo la corona. Porque ¿quién lo desconoce a Vd. en aquello de «craza de vivoras»? ¿cómo puede haber cosas buenas, siendo malos? (Mat. 12.) «No serás calumniador, ni «chismoso» en el pueblo.» (Lev. 19.) «El hombre perverso mueve plaitos.» (Prov. 16.)

Así, pues, devuelvo a Vd. sus retratos, que en mi álbum no quiero apostatar ni renegarlos; más al devolverle los veinte, le incluyo dos que se dejó en el almacén y en los que se ve a Vd. de cuerpo entero. El primero dice: «Mas Dios djo al pecador: ¿por qué tú hablas de mis mandamientos y tomas mi testamento en tu boca? Puesto que tú has aborrecido la disciplina... Tu boca abunda en maldad y tu lengua urja engaños. Con estudiantado propósito hablabas contra tu hermano y ponías tropiezo contra el hijo de tu madre.» (Salmo 49, 16 y sig.) Y el segundo, que hasta lleva el nombre de Vd. para que no se le pueda equivocar,

dice: «El hombre «apóstata» no sirve para nada, «camina con boca perversa... con dañado corazón maquinal el mal y siembra renouillas a toda hora.» (Prov. 6 42 y sig.) Complázcase Vd., pues, en sus propias semblanzas, y si a consecuencia de mis cartas concluye Vd. el repertorio de los pasajes bíblicos, publicándolos a veinte por dos cuartos, puede echar mano del Alcorán, para que no se corte el hilo de sus terribles y razonadas contestaciones.

Lo que dice Vd. de mis «calumnias, impropiedades e inconveniencias», pertenece exclusivamente a Vds., que con nombrar mucho al «Señor Jesús», como si hubiera de salvarse el hombre solo con decir «Señor, Señor,» (Mat. 7. 21.) no han sabido, desde que llegaron a esta ciudad, más que derramar sobre las cosas y personas más respetables para los católicos, groseras calumnias, inmundas inyecciones y palabrotas soeces. No es preciso para probar esto, recurrir a tiempos atrás, ni rebusar en el podrido almacén del Sr. Marselau; ayer mismo vi el segundo número del *Cristianismo* de Vd., y en él la paparrucha de los crucifijos de madera negra, obra de nueva invención con una hoja de puñal, muy a propósito para asesinar gobernadores. También está allí lo de un Obispo y un Diácono que han robado a una viuda de Logroño, después de burlarse de ella, hecho inverosímil, a no ser que Vd. lo cuente de algún Obispo y diácono cabreristas. Y por último, en el artículo que ha hecho Vd. suscribir al inconsciente M. P. se llama al Clero católico de España «polilla que todo lo pervierte y corrompe, y que tantas injusticias abriga en su seno: poco antes había dicho que ese mismo clero «se vale en nuestros días de imposturas y de bulas que dispensan el vicio para adquirir privanza en la corte.» Tal es la decencia con que Vd. se presenta, reclamando de los insultados católicos los honores y consideraciones de una discusión razonada y tranquila; esa es la verdadera cara que pretende hipócritamente taparse ante el pueblo con los textos de la Biblia que profana.

No me remueve la conciencia por haber levantado a Vd. ninguna calumnia, aunque sí le he dicho verdades que por desgracia le serán amargas; pero tengo la fatalidad de llamar a las cosas por sus nombres. Consuélese Vd. con el siguiente ejemplo. Su amigo Marselau publicó un artículo en su *Eco* del sábado anterior 5, que lleva este título: «El Papa Gregorio XVI fué un idólatra; y lo comienza de esta manera: «Podría parecer poco caritativo el título con que empezamos estas líneas. ¿Para que, dirán algunos, hacer este cargo al Papa? Y respondemos:—A cada uno lo que es suyo.» Y se incomoda Vds., calumniadores de los Papas, porque yo doy a Vd. lo que en verdad le corresponde? Después que Vd. injurió torpemente a Monjas y Sacerdotes, dije que Vd. vive en «sacrilégas mancebas»; si Vd. hubiera dicho de mí lo mismo, yo lo hubiera llevado a los tribunales; pues lléveme Vd. a mí, que no retrojo, sino que repito la frase, dispuesto a probarla, aun admitiendo como legítima el nuevo proyecto de matrimonio civil, según el cual Vd. no puede casarse, ni menos hacer alarde público de su mala vida.

Guárdese Vd. lo de las «obscenidades»; eso es una reminiscencia del día en que abandonando usted el colegio de Escolapios de Gandia que lo educó, fué a ocultarse a la casa que Vd. sabe en Fuente la Higuera, para salir de allí con su... «Biblia debajo del brazo», buscando por el mundo una nueva religión.

Espero la polémica en su *Cristianismo*, «así como el orden de materias se lo permita.» Acerca de la cual debo decir para satisfacción de algunos ignorantes, que yo no niego en absoluto que los Apóstoles escribieran un símbolo; yo creo que lo escribieron y me parece que puedo probarlo muy fácilmente por la tradición y la autoridad de la Iglesia. Pero al discutir con herejes que niegan la tradición y aquella autoridad, sin admitir más fe que la Biblia, niego hipotéticamente que los Apóstoles escribieron el símbolo, y espero que me prueben otra cosa los que como Vd. están destituidos de aquellas fuentes de prueba. Eso está bien claramente expresado en mi anterior carta cuando digo: «Concediendo que los Apóstoles compusieran algún credo, cosa que yo niego hoy y Vd. no me probará jamás...» es decir, «hoy» que discuto con gentes que no tienen Iglesia ni tradiciones.

Tampoco he dicho que los Apóstoles tuvieron «distinta fe.» La fe de los Apóstoles es una sola y misma, pero la fórmula ó símbolo de esa fe se expresa con distintas palabras en cada Iglesia primitiva, admitiéndose en unas frases que se desechan en otras. Unas fórmulas son más extensas, otras más concisas; en una se omite un punto que en otra se explica con palabras terminantes según las necesidades de cada Iglesia por las nacientes herejías; pero ninguna contradice a la otra; en ninguna se niega lo que en otra se afirma. Esto no necesitaba explicación; pero lo hago en gracia de los ilustrados contertulios que sostenían en un café que según mi escrito los Apóstoles tuvieron cada cual una fe distinta, deduciéndose de mi doctrina que ya desde aquellos primitivos tiempos hubo en la Iglesia «libertad de conciencia», ó sea el derecho de disparatar cada uno y establecer la fe con arreglo a su autoj y capricho.

Por último, he sabido que los «afectos al cabrerismo», que sin reparar en las vigas de sus ojos, ven perfectamente la paja en el ajeno, pretenden sacar partido ponderando mi imprudencia porque

dije que su Iglesia ó secta «huele a queso». Eso baja según ellos, soez, indecente, etc. No se yo si la frase tiene en algunos puntos de Andalucía la indecente significación que escandaliza los oídos castos de esos señores. En los pueblos de la sierra, que son «los de Andalucía» que yo citaba, esa frase califica de una manera dura, pero no chabacana, ni indecente, la conducta pública de algunos hombres; mas ni aun a eso quise yo referirme, sino solo al olorillo que despiden la Iglesia de la calle de las Virgenes, especialmente ahora que comienza el calor, por la estrechez del local y el horror que el cabrerismo tiene al incienso que tanta falta le hace.

Concluyo por hoy, esperando que mañana me regale otros 20 textos de Sagrada Escritura, y si no encuentra tantos a mano ya sabe el remedio; se aumenta el tamaño de la letra y crece el papel.

FRANCISCO MATEOS GAGO.

CARTA

DEL DOCTOR DON FRANCISCO MATEOS GAGO

A D. LUIS A. FERNÁNDEZ PRE-SBITERO CABRERISTA.

Paréceme Sr. D. Luis que Vd. me permitirá que conteste a sus buenos y saludables consejos y responda al armonioso repique de los CATÓRCE «tan... tan... tan...» que me dedica en los dos primeros párrafos de su hoja de ayer. Mucho le agradezco el espíritu cristiano que respira en toda la carta con que me favorece: eso de que Vd. consuma su tiempo y emplee su caritativa solicitud en advertirme y aconsejarme, a fin de que mi buen nombre no pierda, ni se manuelle mi respetable borla de doctor, ni se desprestije la clase a que pertenezco, ni por último se ratifique en la mala idea que por mis escritos ha formado de mí un «cliterato, francés», por más señas y que Vd. conozca perfectamente; todo eso, digo yo, expuesto por usted con un espíritu de evangélica humildad tan exuberante que no le cabe en el cuerpo, me confunde y anonada a tal extremo, que francamente no sé yo cómo podré responder nunca a tan señaladas y finísimas atenciones. En este momento no se me ocurre otra cosa, sino decirle que yo no sé si Vd. es abogado, mas aun cuando lo fuera, no recuerdo haberle encomendado la defensa de mis causas; creo que me basto a mí mismo sin necesidad de sus poderosos auxilios. Vea Vd., pues, si sus cons y sus hacen falta en la calle del Negro y si no quiza pueda darme «buena salida llevándose a la venta del jueves», que tiene cerca de su casa, ó déjelo en otro caso en la plaza pública, donde los podrá recoger quien los necesite.

Respecto a mi «profundidad en la teología, eminencia en la pensaduría, y erudición en la filosofía», así como lo de mi «obediencia in pectore ó in partibus», me alegro de que tenga Vd. el placer de cebar en mi sus fieros dienteitos, dejando siquiera por esos momentos al Papa, al Clero, a las monjas y a aquello de la «inmortalidad del confesorio». Siento sin embargo que lleve Vd. su galantería conmigo hasta el exceso de robar a su Padre Cabrera el título de Obispo para obsequiarme con tan envidiada pieza.

Verdad que Vd. no se «ha sentado a mi mesa, ni ha necesitado mis recomendaciones, ni que yo le sacara los sermones que había de predicar, ni esperar por último a que yo le comprase las ropas con que había de mudarse en invierno y en verano.» Por desgracia ó por suerte mía, nunca estuve en condiciones de ejercer con nadie el sistema «proteccionista», mucho menos con Vd. a quien gracias a Dios, creo no conocer personalmente. Y digo «gracias a Dios», porque si lo conociese de vista siquiera, doble sería mi pena al considerar su perversión al Cabrerismo. Mas aunque no conozca a Vd. personalmente, lo conozco mucho de nombre; porque ¿quién que haya pisado la universidad en los últimos años no conoce el nombre de D. Luis Fernández?

No recuerdo bien si fué en el curso del 66 ó 67, al entrar un día en clase, me preguntó un estudiante jurista, que vive por más señas, si en Jesuoristo hay una persona y dos naturalezas ó una sola naturaleza con dos personas. Preguntando yo, después de reírme, el motivo de tal consulta, me contestó que se había promovido esa cuestión entre varios estudiantes de derecho, los cuales convinieron en sujetarse al parecer de persona competente, llamando al efecto al Cura más inmediato; el Cura consultor dijo con solemnidad que en «Nuestro Señor Jesús» había una sola naturaleza y dos personas. Pero ¿quién es ese Cura? preguntó yo temiendo si tamaño desatino lo habría dicho algún teólogo, y el jurista me dijo: «Es un extremo, estudiante de derecho, que se llama D. Luis Fernández Chacon.»

Me dice Vd. que se ha «abusado de mi nombre suscribiendo un innombrado papel, y que si yo lo he escrito y suscrito voluntariamente, como en Dios y en mi alma confieso que así es la verdad, entonces «Vd. presume que he perdido el juicio.» Gracias, pranda; ¿sospecha Vd. si mi juicio perdido será quizás el que Vd. pretende haber encontrado de poco tiempo a esta parte? Afirma también que mi «cartapunto es una serie de afirmaciones injuriosas y gratuitas;» y más adelante con tinura me dice que calumnio. Esto es cabrerismo puro y todo ello pertenece al género de música del organista que resuelve la dificultad de las notas soltando la trampetería, ó del pintor que a falta de dibujo carga de negro. Voy a ver si soy terminante contestando a sus calificativos.

La cuestión entre nosotros está reducida a lo siguiente: El apóstata Padre Cabrera ha fundado una revista en que pretende exponer sus doctrinas, huyendo del terreno de las personalidades, y sin embargo por donde quiera que se abra el tal periódico, se verán siempre las blasfemias dogmáticas, envueltas en ataques injuriosos a todas las personas eclesiásticas, desde el Papa y los Obispos hasta las infelices y ultrajadas monjas; es decir, que ya tenemos en esta capital, donde gracias a Dios no han desaparecido todavía los católicos, otro papel público en que a nombre de la libertad de cultos y con la careta de la dignidad y mesura en la discusión, puede decirse, como dice el *Eco* obayacano del Sr. Marselau, que el Papa actual, el Santo Pío IX es un «viejo depravado.» La libertad religiosa autorizará a esos señores para abrir su Iglesia; pero nunca para la propaganda que llevan a cabo por medios indignos; ni mucho menos para insultar y blasfemar de otras religiones, sobre todo de la dominante en el país; a no ser que por tales medios se pretenda llevarnos a los más horribles conflictos.

En dicho periódico hacen gala de sus firmas hombres que ayer velamos exponiendo en los altares a la adoración del pueblo al Dios de que hoy blasfeman; y yo, que perdería mil vidas antes que el sentimiento de mi dignidad, unido inseparablemente a el de la gratitud profunda hacia la Iglesia santa que me ha hecho conocer a Jesuoristo y su verdad revelada, he contestado a ese desenfado público de los firmantes, diciendo con San Cipriano: «Casi nos debemos alegrar de que se vayan de la Iglesia hombres de semejantes condiciones.» *Gratulandum est cum tales de Ecclesia separantur.* Alegué para esto como razón principal la de que esos neos apóstoles del cabrerismo son una colección de malos estudiantes, que han llevado muchas veces calabazas. A esto se me contesta que yo injurio, que yo calumnio. Pero jóvenes cabreristas, ¿no hay tribunales en esta ciudad, que vindiquen vuestra honra y castiguen mis calumnias? Por mi parte, Sr. D. Luis, aseguro que me indigna tanta palabrería, y por decir la verdad, se escandalicen tanto los fabricantes de embustes, y así es que estoy resuelto a cortar por lo sano. Si señor: no tengo que desvirtuar ni rectificar en nada el cuadro que ya traté sobre el personal de la redacción del «Cristianismo» de Vds.; antes bien, tengo nuevos datos para recargarlos más y más; y en cuanto Vd. ó cualquiera de sus correligionarios vuelva a llamarme «calumniador» con tal motivo, tendré el disgusto de publicar en los diarios de la capital con sus correspondientes nombres y apellidos las certificaciones en que consta la suma de calabazas que se han dado a los sabios individuos que forman el colegio apostólico del P. Cabrera.

No crea Vd. que soy catodrástico nuevo en el Seminario; ¿cómo, si soy el tercero en el orden de antigüedad, y desde hace 19 años me sirvió de título de ordenación una de aquellas cátedras? Mas después de los primeros cinco años no la desempeñé hasta la reciente supresión de la Facultad de Teología en la Universidad en que estaba ocupado. En ese tiempo asegura Vd. que «dicen que yo dije no sé qué cosas contra el Seminario. Chismecillos, D. Luis, chismecillos; yo dije entonces, y repito ahora, que el Seminario no tiene condiciones para formar un buen profesorado por la falta de reatas, pero admiraba y hoy admiro más, la abnegación de aquellos laboriosos sacerdotes, que con mezquinas asignaciones en aquel tiempo y «sin ninguna absolutamente en la actualidad, se dedican a la enseñanza del Clero, en frente de un profesorado universitario que paga el Estado, y donde hay lo que Vd. sabe por desgracia. Jamás dije palabra contra la enseñanza del seminario, ni menos contra sus dignos profesores, condiscipulos míos en su mayor parte, y con quienes siempre me han unido estrechísimos lazos. Y si quiere saber con certeza cuál era mi manera de pensar acerca de seminarios en la época a que Vd. se refiere, lea mi discurso de apertura de la Universidad en 1860, y en la página 12 verá que hago remontar el origen de esos establecimientos al encargo de San Pablo a su discípulo Timoteo (2.ª a Tim. 2. 2.); y en la conclusión, página 26, tuve valor para pedir al Gobierno de entonces ante el claustro universitario «la protección de los estudios teológicos en los seminarios y en las universidades.» Si pues a Vd. le han dicho otra cosa, abra el ojo y no se fie de quien, no sabiendo lo que dice, mucho menos podrá entender lo que oye.

Su hoja, verdadera «ensalada de pepinos picados y reueltos con tomates», según la expresión de un jurista que Vd. conoce, concluye con una protesta en la que dice Vd. que nos abandona para irse al Cabrerismo «por la convicción que le da «su fe y su razón, de que para servir a Jesús y «buscarse según su Evangelio, es necesario separarse de los abusos y establecimientos de la Iglesia romana; que Vd. lo ha hecho por el camino de la dignidad, del decoro y de la fe; que tiene «su conciencia limpia y espera tranquilo el fallo del Supremo Juez.» Pues yo creo, con perdón de ustedes, que esas conversaciones son pura farsa, y se lo voy a probar.

La gracia divina obra en el hombre ordinariamente como los agentes naturales, por grados y sin violencia. Para que se verifique una conversión, se siente primero la emoción interior, acompañada de los primeros rayos que ilustran la inteligencia; siguese de aquí la duda, vienen luego el estudio, y sobre todo, la oración, y por último, el hombre se convierte. En el plan ordinario de la Providen-

cia Divina es imposible que un hombre se acueste católico y se levante cabrerista. Ahora bien: en el cabrerismo se niega la Real Presencia y se blasfema del sacramento de nuestros altares, llamándolo «oblea.» Antes que Vds. dieran su gran paso, conocía todo el mundo sus relaciones con el cabrerismo, y sin embargo, Vds. venían a la Iglesia católica y se ponían las vestiduras sagradas, «establecimiento de la Iglesia romana;» cogían en el altar la «oblea,» decían sobre ella palabras misteriosas, doblaban su rodilla y la exponían elevándola a la adoración del pueblo... todo ello mediante el equitativo precio de 8 rs. Basta Sr. D. Luis.

Hace días que vi el segundo número de *El Cristianismo* cabrerista y en él un artículo al azar contra la confesión, llevando al pie las iniciales L. F. en que creo ver el nombre de Vd. con los títulos que se da a sí mismo de «Presbítero católico apostólico.» «Difícil sería para Vd. probarnos la catolicidad y apostolicidad del cabrerismo; porque no sé yo qué harían Vds. si les exigiramos que nos presentasen, subiendo de siglo en siglo, los títulos de entronque con algún Apóstol ó varón apostólico, único medio por donde las Iglesias pueden probar su apostolicidad, según Tertuliano. (De Præscr. cap. 32.)

Pensaba yo refutar en serio el artículo de usted, no por las aparentes razones que en él se alegan, tan débiles y arbitrarias como viejas y contestadas, sino por la forma y los adornos con que usted se sirve acusarnos, calumniando, como siempre, a nuestra Iglesia. Habla Vd. de «la influencia «opresora que Roma ejerce, por sus ministros, sobre las conciencias;» nos dice que «la confesión «es anti-cristiana, inmoral, anti-social, y hasta «causa ocasional de pecado.» Estas acusaciones, en boca de un hombre que ayer era confesor en la Iglesia católica, son horribles y marcan el grado de delirio a que ha llegado Vd. para poder estamparlas. ¿No sería más noble que Vd. publicase las insinuaciones que en su día debió recibir en nuestra Iglesia, a fin de que por el confesionario extendiese la negra influencia de Roma, llevando su pesad yugo hasta el último rincón de las familias? Mientras Vd. no haga eso, con lo que lograría matarnos de un golpe, yo tengo derecho para decir, que usted es el hijo mal educado que, no pudiendo resistir la disciplina de la casa paterna, inventa cuentos de que se supone testigo presencial, y los saca a la plaza pública para ahogar a su buena madre en el fango de la deshonra.

Pensé contestar su artículo; pero, francamente, cuantas veces lo intenté me obligó a soltar la pluma la indignación que nunca pude reprimir. Aunque han pasado días, hoy me sucede lo mismo y renuncio por eso a tan ingrata y enojosa tarea; mas no sin decir al público, para que reaga el oportuno ridículo sobre los nuevos teologizantes de pega, que todas las razones que Vd. presenta contra aquella verdad católica en el artículo con que sin duda aspira al título de erudito, están copiadas servilmente del *solentur objectiones*, de los argumentos contra la confesión que se propone y resuelve el teólogo católico de la Sorbona Tournelly en su obra *Praelectiones theologiae*. Véanse el tomo 9.º, Quæst. 6, art. 2, y el tomo 6.º de la continuación de Tournelly, por Pedro Collet. Cap. 5, art. 2.º, sect. 1, págs. 321, y allí se verá el artículo de Vd. hasta con el admirable desorden en que se enuncian las citas de San Juan Crisóstomo. Así, pues, el cabrerismo ha convertido en murciélagos la paloma del Espíritu Santo.

FRANCISCO MATEOS GAGO.

Sevilla 15 de Junio de 1869.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 28.—En los círculos políticos asegúrase que la noticia algo alarmante publicada por el periódico *el Gaulois* en su último número, está enteramente de acuerdo con los proyectos del Emperador, los cuales serían: de hacer votar el *Senatus consulto*, de disolver después la Cámara, y emprender la guerra con el objeto de restablecer el prestigio de su Gobierno, contando para conseguir su objeto con el patriotismo y el antiguo espíritu belicoso de los franceses.

El virey de Egipto va directamente a Alejandría y no a Constantinopla.

IREM, 26.—Se desmiente el rumor de que el señor Benedetti reemplazará al príncipe de Talleyrand en San Petersburgo. Ningún cambio diplomático se proyecta en este momento.

El *Moniteur* dice que D. Carlos ha logrado burlar la vigilancia y pasar la frontera cerca de Arsená.

No es cierta la existencia de una nota francesa relativa al Concilio.

El *Constitutionnel* afirma que ayer D. Carlos estaba todavía en Fontainebleau.

El *Gaulois* trae hoy el párrafo relativo al ejército de Argel de que ayer se ocupó el telegrafo. Según este periódico, las tropas han recibido orden de abandonar el interior de aquella colonia, replegadas sobre las costas, a fin de estar prontas a embarcarse a la primera señal.

Al mismo tiempo las compañías de navegación que hacen el comercio de Argelia han sido avisadas para que tengan sus buques a disposición del ministro de Marina, absteniéndose de celebrar contratos de transporte de mercancías, cuya ejecución podría dificultar el cumplimiento de órdenes próximas. El *Gaulois* combina estas noticias con la presencia en París del mariscal Mac Mahon y el prefecto marítimo de Tolón y con las frecuentes entrevistas de los ministros de Marina y Guerra, de todo lo cual deduce que Francia está próxima a tener un choque con Prusia, a la que sostendrá Rusia y ayudará tal vez el dinero americano.

La noticia y las apreciaciones que de ella se derivan son de una gravedad incontestable, sobre

todo si se atiende á que el *Gauleis* combatía la guerra, y termina su artículo pidiendo al Gobierno que tranquilizase la opinión por medio de una nota pacífica inserta en el periódico oficial.

El telegrafo, sin embargo, no nos dice que esta nota se haya publicado. De manera que el Gobierno francés no desaprueba los rumores de guerra.

Únicamente la *France* niega que se hayan expedido tales órdenes, y afirma que el mariscal MacMahon no se ha movido de la capital de su gobierno.

Si la existencia de un despacho del príncipe de la Tour d'Auvergne al embajador de Francia en Roma, invitándole á que manifestase á la Santa Sede que el Gobierno imperial respetará y hará respetar la independencia del Concilio ecuménico, es desmentida por los despachos de la *Agencia Havas*, no por eso debe dudarse de las buenas disposiciones de la corte de las Tullerías hacia el Sumo Pontífice.

En efecto, parece que el Nuncio de Su Santidad en París, monseñor Chigi, ha tenido una audiencia con el emperador Napoleón, y S. M. le ha manifestado que no retirará las tropas que guarnecen á Roma.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 29 DE JULIO DE 1869.

CONSPIRACIONES CLERICALES.

Las calumnias de crímenes groseros é inverosímiles levantadas al venerable Clero español en los meses que llevamos de revolución, iban dirigidas contra individualidades determinadas ó se concretaban á una localidad, siendo por consiguiente más fácil la justificación y la defensa de aquellas.

Ayer mismo *La Correspondencia*, con su maliciosa é indigna manera de referir ciertas cosas, anuncia á España y al mundo que «scriben de Cuenca diciendo que han desaparecido algunos canónigos de la de aquella catedral.» Nosotros no sabemos nada, sino que los canónigos de Cuenca pueden ir á ver á sus familias, á tomar baños, á otra diligencia ó simplemente á paseo sin faltar á su deber ni dar parte al responsable de *La Correspondencia*, puesto que no les manda semejante cosa el sagrado Concilio de Trento. Los canónigos aludidos podrán responder á *La Correspondencia* diciéndole en donde están, si tienen voluntad y tiempo de hacerlo: que es fuerte cosa que los señores sacerdotes hayan de estar constantemente pluma en ristre para defenderse de los gacetilleros y explicar al público á dónde van, cuándo comen y cuándo duermen, para conservar el buen concepto merecido por sus virtudes y tan insidiosamente atacado por una acusación hecha en forma de noticia.

Mas en esos casos, aunque molesta, es fácil la contestación; no así cuando de un modo vago, general é indeterminado se acusa á la clase entera, como acontece de algunos días á esta parte, diciendo que el Clero conspira contra el orden actual de cosas en España.

¿Es verdad esto?

Si por conspirar se entiende excitar odios, exasperar las pasiones, seducir incautos, amenazar á los tímidos, comprometer á los indiscretos, juntar voluntades, allegar recursos y obrar clandestinamente contra el Gobierno, es decir, hacer lo que hacían el año pasado por este tiempo los gobernantes de hoy, y es lo que en castellano se ha entendido siempre por conspirar, el Clero español no conspira.

El Clero español es demasiado ilustrado, demasiado leal, demasiado virtuoso y fiel á su misión sagrada para meterse á conspirar.

La mayoría inmensa del Clero español, á la cual debe mirarse para formar juicio general y justo, no atiende sino á cumplir del modo mejor los deberes de su ministerio, cuidándose muy poco de nuestras miserias políticas, que solo recuerda para lamentarlas en secreto y pedir á Dios que se sirva librarlos de ellas.

El Clero español, como clase, no pertenece á ningún partido político. Es de todas las situaciones y de todos los partidos, á quienes no demanda sino que cumplan y le dejen cumplir la misión que á cada uno ha encargado Dios, soberano absoluto de todo lo creado.

En tantas revueltas políticas que en pocos años han llevado á España al extremo de desorden, de pobreza y degeneración en que nos hallamos, jamás se ha visto al Clero mezclarse en ellas. Han subido al Gobierno los moderados de todos matices, han subido los progresistas, han subido los de la unión liberal, han bajado y vuelto á subir unos en pos de otros, y el Clero ha seguido siempre explicando el Evangelio, administrando los Sacramentos y haciendo bien á todos, según los medios de que podía disponer y la voluntad que encontraba de aceptar sus beneficios.

Cuando los poderes públicos por obcecación ó por malicia, se han separado de las sendas trazadas por la moral y por las leyes, obrando de una manera poco conforme con estas, ó sancionando hechos que no podían sancionarse según ellas, el Clero ha levantado su voz, ha expuesto cuál era su obligación á los gobiernos, unas veces pública, otras reservadamente, sin mirar qué denominación política llevaban los ministros y sin atender á las consecuencias que podrían resultarles.

Aun ha hecho más la clase respetable del Clero español. Teniendo sus individuos el derecho de juzgar los actos políticos como otro español cualquiera, de profesar estas ó aquellas otras opiniones, de desear el triunfo de algún partido y de trabajar para conseguirlo por los medios que todas las constituciones y todas las leyes les han reconocido, generalmente han hecho el sacrificio de abstenerse completamente, de no manifestar su juicio y sus aficiones y han solidado

abandonar en la lucha legal á sus amigos, para no irritar los odios, no ahondar mas las divisiones, y no inhabilitarse de ninguna manera para ejercer su ministerio de paz y de reconciliación.

El Clero español ni siquiera ha concurrido jamás á las elecciones, y eso que alguna vez ha sido instado á hacerlo.

Vosotros, conspiradores de todos los partidos, decid si en alguna ocasión el Clero ha asistido á vuestros clubs, á vuestras juntas clandestinas, si os ha ayudado en vuestros trabajos de conspiración; decid si le habeis encontrado jamás dispuesto al menos á emplear en favor ó en contra de alguna parcialidad política los derechos que como á clase de la sociedad española le pertenecian.

Hemos hablado hasta aquí de la clase para prescindir de ciertas individualidades. Pero los individuos del Clero, pocos en número, que han conspirado, que se han declarado por un partido político y trabajado por él perorando en los clubs y en las calles y haciendo armas desde las ventanillas, pertenecen al partido liberal: han sido los que al amparo de influencias seglares y separándose de la línea de conducta que les señalaban sus Prelados, les han causado á estos más serios disgustos; son los que acaso han perdido la libertad de cultos, son aquellos cuyo comportamiento premian los partidos más liberales y la Iglesia lamenta.

Ahora mismo, en estas últimas semanas, desde que se ha recrudecido, generalizándose, la propaganda de calumnias contra el Clero y se le acusa de conspirador, apenas se descubre ninguna vasta conspiración en que no se diga que había algún Cura; se ha prendido á varios individuos, se les ha llevado á la cárcel por las calles mas concurridas sin alguna consideración á su carácter, y se les ha entregado á los tribunales. Y ¿qué ha resultado? ¿qué se ha probado contra los Clerigos? Los tribunales, mas justos que los periódicos y mas sensatos que algunas autoridades gubernativas, han declarado la inocencia de los acusados ó han sobreesido en sus causas por no haber méritos para proseguirlas.

Ahora, si cambiando á las palabras castellanas la significación que hasta ahora han tenido, se entendiese por conspirar el no estar conformes con todas las doctrinas y actos del poder, el sentir las desgracias de la patria, el desear su remedio y pedir á Dios que nos le envíe, en ese caso no solamente el Clero, sino todos los españoles, incluso el Gobierno, conspiramos: de esa manera puede asegurarse con el Sr. Aparisi que España es una vasta conspiración.

Querer que el esclavo bese la cadena con que se le oprime, que la víctima aplauda al verdugo, sería un linaje de tiranía que no supieron idear los ministros de los despotas paganos.

Que el Clero esté con vosotros, que ame vuestras doctrinas, que pida á Dios la continuación de vuestras obras, no debeis esperarlos ni podeis pretenderlo, revolucionarios de Setiembre.

El Clero faltaría á su deber, á su misión, á su ministerio, si tal hiciese.

Vosotros habeis derribado iglesias, os habeis incautado de preciosidades que el Clero había adquirido para el culto de Dios y adorno de sus templos.

Vosotros habeis echado de España á una buena parte de sus individuos que ayudaban con grande y espiritual provecho á los Prelados y á los Parrocos, no habeis respetado ni el sexo, ni la ancianidad, ni la virtud de las religiosas; habeis prohibido las expansiones de la caridad con que seglares piadosos ayudaban al Clero á ejercerla.

Vosotros que habeis proclamado el derecho de asociación, habeis privado de él á los religiosos; proclamando la libertad de enseñanza, habeis cerrado muchos colegios eclesiásticos que eran los más concurridos; presentando la inviolabilidad del domicilio como una conquista revolucionaria, habeis invadido y allanado las casas religiosas.

Vosotros habeis suspendido por un decreto injustificado parte de la paga que como carga de justicia se debe al Clero, y habeis dejado de pagar la otra parte si algún patriota no os la ha pedido.

Vosotros habeis roto el Concordato con el cual, sacrificándose el Clero, la Santa Sede había misericordiosamente puesto fin á muchas y graves incertidumbres y echado un velo de indulgencia sobre muchas faltas.

Vosotros habeis faltado á la ley de Dios y á las leyes españolas, tolerando que con autorización de los gobernadores locales, se escandalizase á España con los matrimonios que vuestro ministro llamó reamente concubinatos.

Vosotros habeis permitido que durante todo el tiempo de vuestro mando se calumniase villanamente al Clero, y vosotros mismos le habeis calumniado; sabeis que en muchas partes se le ha insultado y aun que se ha asesinado á algunos de sus individuos; y todo lo habeis dejado impune.

Vosotros habeis puesto centinelas en los templos para vigilar á los predicadores, autorizando así una desconfianza que podía ocasionar y ha ocasionado lamentables excesos.

Vosotros habeis proclamado la libertad de cultos para esta nación que llamais á voces eminentemente católica; vosotros habeis hablado de la Iglesia en términos que hacen creer que no reconocéis su divinidad.

Algunos de vosotros habeis insultado á la Virgen Santísima, habeis blasfemado de Cristo y negado á Dios ó declarándole guerra, cuya sola frase horroriza.

¿Y quereis que el Clero esté con vosotros, que ayude á vuestros proyectos, que predique vuestras doctrinas? ¿Qué insensatez!

El Clero no puede hacer esto y no lo hará. Vosotros seriais los primeros en vituperarlo.

El Clero tiene una misión que ha de cumplir y la cumplirá hasta la muerte. El camino del destierro y del martirio no es desconocido para el Clero español, habiéndose enseñado muchos santos de los primeros siglos, y no pocos venerables eclesiásticos de los tiempos modernos.

En las cosas políticas, en las humanas, en todas aquellas cuya guarda no le ha encargado Jesucristo, el Clero os dejará hacer y os obedecerá aunque seais discolos, pero en pasando de esta línea, os dirá siempre como los Apóstoles á los principes de los judíos: primero se ha de obedecer á Dios que á los hombres.

El Clero tiene obligación de predicar el Evangelio y seguir el Evangelio; cuando vosotros os opongais al Evangelio, el Clero se hallará naturalmente en frente de vosotros.

El Clero debe obedecer á la Iglesia y defender los derechos que su divino Fundador la concedió; cuando vosotros mandeis una cosa opuesta á las prescripciones de la Iglesia y ataqueis aquellos derechos, el Clero no podrá estar con vosotros.

Es inútil pretender imposibles, porque no han de conseguirse jamás.

Es imposible en un Clero católico que se regocije de los daños del catolicismo; es imposible que una clase eclesiástica se asocie á los enemigos de la Iglesia; es imposible que un gran número de hombres no sientan una justa repulsión para con los que de ellos desconfían, los calumnian, los insultan y los persiguen; es imposible, atendida nuestra naturaleza humana, de la cual participan los clérigos, que aquellos que sufren y se ven vejados injustamente, no deseen el fin de la vejación y del sufrimiento.

Sin embargo, en esta parte el Clero no se apresura ni impacienta.

Es una satisfacción en medio de tantas bajas como nos rodean, ver al Clero español ser modelo de paciencia y de resignación en lo que toca á sus personas, así como de constancia y de noble entereza cuando se trata del honor de Dios y del Catolicismo.

Si quereis que el Clero no conspira de esta manera, respetad la religión, no insultéis á Dios.

Pero... ¿es delito conspirar así? ¿Es delito lamentarse del mal y desear el bien? ¿Es delito cumplir los propios deberes? ¿En qué ley ó en qué artículo de la Constitución está prohibido? ¿Qué pena señala á estas faltas el Código?

¡Pobres revolucionarios! ¿En qué mal camino habeis entrado!

Bien sabéis vosotros que el Clero no conspira ni se venga; por eso le insultais así. Bien que por cima de las injusticias de los hombres está la justicia de Dios.

El primer artículo de *La Epoca* de anoche está dedicado á examinar la conducta política de D. Carlos de Borbon. Examinada por *La Epoca* quiere decir censurada.

Empieza diciendo que los sucesos de Cádiz, Málaga y Jerez hicieron que muchas miradas se volvieran hacia el duque de Madrid, y viesen en él una esperanza de salvación: confiesa que aunque su estirpe recordase los días de la guerra civil, D. Carlos, por su juventud y por su alejamiento de las luchas de la patria, era puro y perfectamente irresponsable de nuestras discordias y desgracias. Indica las dos sendas que D. Carlos podía haber seguido: ó aliarse con la familia de doña Isabel de Borbon, fundiendo de este modo todos los intereses conservadores, ó reservarse para el día en que los pueblos, no un partido, el voto unánime, no las tramas ni las conspiraciones, lo llamasen como una solución que podía conciliar tambien los intereses conservadores de la sociedad con las necesidades de la época presente.

Saber esperar, dice *La Epoca*: há aquí lo que no ha sabido hacer, mal aconsejado, D. Carlos de Borbon.

Realmente la observación de *La Epoca* no carece de fundamento, porque saber esperar es la mejor, aunque mas difícil, de todas las políticas. Diremos mas. Nosotros nos hemos inclinado siempre á esa opinión, y hemos juzgado que la impaciencia podía ser una malísima consejera. A nadie se ha ocultado además que el exceso del mal causado por la revolución sería el arma más poderosa de D. Carlos para alcanzar el triunfo. Por consiguiente, ya supondrá *La Epoca* que esos consejos que, según dice, hubiera dado á D. Carlos, D. Carlos los ha oído de otros labios atentos al bien del país y á la seguridad de la victoria de nuestra causa.

Pero examinemos imparcialmente la cuestión, no sólo desde el punto de vista de la conveniencia de D. Carlos sino de su deber y de la conveniencia de la patria.

Prescindamos de la primera senda que *La Epoca* traza: la senda de la fusión. Halagüeña y fácil para muchos ánimos rectos y bien intencionados, la idea de la fusión es casi una utopía. No nos entretendremos en demostrarlo; pero bastará indicar que esa misma esperanza que España veía y ve en D. Carlos tenía precisamente por fondo la seguridad de que D. Carlos no llevaba sobre sus hombros, en todo ni en parte, el enorme peso de las culpas políticas cometidas por la dinastía derrocada en Setiembre. Representaba y representa D. Carlos una nueva rama, virgen en la gobernación del Estado, exenta de toda responsabilidad en las des-

gracias del país y pura de todo odio, de toda torpeza, de todo compromiso. Aliarse, pues, con doña Isabel era acaso tomar sobre sí parte de la responsabilidad que pesa sobre aquella augusta señora; participar de sus simpatías y antipatías, de sus amargos recuerdos y de sus revolucionarias esperanzas. D. Carlos no tiene recuerdos amargos, ni odios, ni compromisos; no tiene historia, en fin. Esta ventajosa posición no podía y tal vez no debía perderla sino en caso de que no hubiera otro camino para labrar la felicidad de la patria.

Pero vamos al asunto principal; vamos á la afirmación de *La Epoca* de que D. Carlos no ha sabido esperar.

Todos los actos humanos tienen dos aspectos. El interés propio y el interés del deber. El aspecto del egoismo y el aspecto del sacrificio. Lo mejor es conciliar ambas cosas: pero cuando no se puede lograr esto, antes es el sacrificio que el egoismo, antes el deber que la conveniencia.

¿Dice *La Epoca* que el interés de D. Carlos le aconsejaba esperar tranquilamente los sucesos? Acaso no estemos muy distantes de pensar lo mismo. Tal vez lo más acertado, en punto á conveniencia, hubiera sido dejar que la revolución siguiera su camino, sembrando la desolación y la ruina por todas partes. Pero hay algo superior á la conveniencia propia: hay algo más grande y más noble que el sistema pesimista, en virtud del cual se busca el orden por el exceso del desorden; se busca el bien por el exceso del mal. Ese algo es el deber que tiene todo rey de morir por la patria ó salvarla, según la hermosa frase del manifiesto de D. Carlos. Un rey, antes que todo, tiene la obligación de oponerse á la marcha destructora del desorden y de la iniquidad: si ciñe una espada, esa espada debe desmenuzarse para luchar con la hidra revolucionaria y vencerla ó morir en la lucha. Dejar que continúe la anarquía y que llegue la disolución, es seguramente más cómodo; pero ¿por qué no ha de evitarse, si es posible, tal calamidad aunque sea á costa de grandes sacrificios? Si la conveniencia no, el deber, por lo menos, aconseja evitalla.

No quiere decir esto que se haga una calaverada y que se encienda una guerra civil con escasos recursos, con exiguos medios, con un plan mal combinado y sin muchas probabilidades de triunfo: no. La guerra civil es tambien una gran calamidad, que solo es tolerable cuando se tiene casi seguro el triunfo de la justicia. En otro caso, la guerra civil es un crimen.

Mas si se tienen medios de luchar con ventaja contra la revolución: si los intereses permanentes de la sociedad amenazada se ponen al lado de quien viene á salvarlos, y á salvarla, entonces, por más que la conveniencia aconseje lo contrario, por más que el esperar sea más seguro y más cómodo, es preciso jugar el todo por el todo, y lo repetimos, morir por la patria ó salvarla.

Debemos notar, sin embargo, para concluir estas líneas, que así el artículo de *La Epoca* como nuestras observaciones respecto de la conducta de D. Carlos son prematuros, porque á esta fecha nadie sabe que don Carlos haya iniciado el movimiento anti-revolucionario. Las partidas de la Mancha no significan, hasta ahora, más que un cabo suelto. Si D. Carlos entra, el artículo de *La Epoca* estará en su lugar; sinó, el artículo será una precipitación como otra cualquiera.

Singulares le han parecido á *La Epoca* los argumentos que le hemos presentado para convencerle de que su interés estriba mas en defender á D. Carlos que la revolución, ó por lo menos en mostrarse completamente neutral, apoyando siempre las soluciones conservadoras de la política de D. Carlos.

El argumento que mas le ha llamado la atención, es el siguiente: «Si nosotros pensáramos, como piensa *La Epoca*, que la opinión del país es favorable á un Gobierno parlamentario, tendríamos siempre mas esperanza de recabar este gobierno de D. Carlos, que recabar el orden de gobiernos sin base como el actual.»

La Epoca toma estas palabras nuestras como una promesa, en lo cual se equivoca grandemente. Nosotros ni prometemos ni queremos el Gobierno parlamentario; y si D. Carlos le planteara, seríamos los primeros en hacerle la oposición. Lo que nuestras palabras significan es que si fuéramos conservadores como *La Epoca*, es decir, que amásemos el orden y á la vez amásemos el parlamentarismo, entre la revolución y D. Carlos preferiríamos á D. Carlos, porque mas esperanza tendríamos, si la corriente de la opinión lo solicitaba, en que D. Carlos llegase á transigir con el parlamentarismo, (cosa que nosotros como antiliberales combatiríamos energicamente), que no en que la revolución llegase á dar orden y estabilidad. ¿Desea *La Epoca* que lo digamos más claro? Pues bien: queremos decir que con la revolución es imposible completamente el orden; por lo tanto, quien poco ó mucho desea el orden debe separarse de la revolución; con la monarquía, por absoluta que se la quiera suponer, no es desgraciadamente imposible el parlamentarismo, sobre todo si la opinión lo exige.

No crea *La Epoca* por esto que nosotros juzgamos á D. Carlos capaz de ser parlamentario y de sumirnos en el desorden político y administrativo que este sistema origina. Todo menos esto: entre otras razones, porque la opinión del pueblo español es evidentemente contraria al parlamentarismo. Sin embargo de lo cual, nuestro argumento queda en pie, porque lo hacemos colocándonos en el punto de vista de *La Epoca*.

Si el argumento no tiene fuerza en sí, es porque el punto de vista de *La Epoca* es erróneo cuando supone que la opinión en España es afectada al parlamentarismo.

Pero la cuestión puede reducirse más claramente á estos dos términos: la revolución, sea cualquiera su forma, representa el desorden; D. Carlos, mas ó menos absolutista, representa el orden. En caso de optar por uno de los dos, ¿cuál de ellos debe elegir *La Epoca*? Antójásemos que la elección no es dudosa.

A esto nos replica el diario conservador diciendo que no puede admitir la representación del orden y de la estabilidad en un partido que funda todas sus esperanzas en la guerra civil. Supongamos que sea cierto lo de la guerra civil: ¿es esta razón suficiente para decir que don Carlos no representa el orden? La guerra civil sería un accidente funesto, un medio lastimoso, pero no es un principio; y el orden como el desorden no proviene de los hechos sino de los principios. Toda reivindicación de derechos supone una fuerza; porque se haga uso de la fuerza para reivindicar un derecho, ¿será justo decir que el derecho no es el orden?

Mientras haya un programa de principios justos y conservadores, el orden está asegurado. No porque haya necesidad de la guerra para plantear aquellos principios, pierden nada estos de su estabilidad y justicia.

La guerra que se hace por una causa santa es un acto de orden como lo es la represión de un delito por medio de la fuerza pública.

El derecho es una fuerza moral: á veces la fuerza material viene en su ayuda, y en este caso, la espada, lejos de ser emblema del desorden, es la genuina representación del orden, porque la espada se convierte de arma ofensiva en arma defensiva de la sociedad, de la justicia, del derecho.

El capitán general de Valencia Sr. Primo de Rivera, ha dirigido á los soldados una larguísima proclama que *El Siglo* compara á la famosa circular de Ulzurum, por lo ridícula y lo pedestremente escrita.

En realidad de verdad la proclama del señor Primo es un monumento de literatura progresista, digno de figurar al lado de las circulares de Ulzurum y Araujo, de los artículos de *La Iberia*, de los sueltos de *La Nación* y de los discursos de cualquier ministro de la comunidad.

No la insertamos porque no queremos dar una indignación á nuestros apreciables lectores.

Un nuevo folleto acaba de publicar nuestro distinguidísimo amigo el Sr. Aparisi y Guijarro. Titúlase *La cuestión dinástica*, y aunque no hemos hecho más que hojearle, podemos asegurar á nuestros lectores que esta obra, como todas las que brotan de la pluma del Sr. Aparisi, es una obra maestra de estilo, de erudición, de imparcialidad y de buen sentido.

Bien quisiéramos dar hoy un extracto y un juicio crítico de aquel folleto, pero nos es materialmente imposible. Le dedicaremos, Dios mediante, un artículo, aunque, en verdad, nada mejor podemos hacer que recomendarlo eficazmente á nuestros lectores y darles, entre tanto, una muestra de la obra.

Héla aquí. Es la conclusión del folleto. En ella el Sr. Aparisi dirige un notable apóstrofo á doña Isabel de Borbon, pidiéndola que contribuya con un notable sacrificio al bienestar de la patria, y dejará en la historia un nombre más glorioso que si volviera á reinar treinta y cinco años más en esta nación desventurada.

Dice así la

CONCLUSION.

Bien decía D. Carlos á D. Fernando: «Tú eres mi rey y señor y el hermano querido de toda mi vida; yo te he acompañado en todas tus desgracias.»

En efecto; aquel príncipe, caballero cristiano, varón probo, y hermano amantísimo fué el constante compañero en sus desgracias, no en sus placeres.

En su primera juventud participó del cautiverio de Valenzay; Fernando se dobló y abdicó ante la grandeza de Napoleón; demostro Carlos que la virtud era más fuerte que la gloria. Cuando salieron del cautiverio los principes el que salió Rey, á mis ojos al menos, fué D. Carlos.

España, que había pasado al mundo recibió con los brazos abiertos al rey deseado que no fué digno del pueblo: la historia lo juzgará.

A mi intento cumple hoy sólo recordar que casó tres veces y alguna tuvo esperanzas próximas de sucesión; pero nunca pensó en destruir la ley, á cuya sombra él y Carlos habían nacido y crecido, y aquí irido derechos; derechos que él tuvo la debidad de abdicar en manos de Napoleón, pero no su hermano... Cuando su tercera esposa Amalia dejó á España por el cielo, la infausta Napoleón envió al rey, tres veces viudo, un don funesto á España en una princesa húngara y liberal que le dió dos hijas; la primogénita Isabel á quien há poco vimos en Madrid: la segundogénita, María Luisa, casada con Antonio de Orleans, actual pretendiente al trono de su hermana.

Fernando VII, cuyos días estaban contados, dió en 1830 la Pragmática que no quisiéramos recordar, y despojo al hermano, á su fiel compañero en las desgracias, y puso el cetro, como en otra parte dijimos, en la cuna de una niña bajo la custodia de una mujer. Cosa igual no tiene ejemplo en la historia de España, é hizo Fernando, cuando Europa presentia la revolución que en Julio del mismo año derribó el trono de Carlos X, primogénito de su raza.

El acto de Fernando ya lo juzgamos legalmente: moralmente, no hay palabras bastante acerbas para condenarlo. Aun cuando cupiera en las formas estrechas de la ley, ese es uno de aquellos actos que España antigua no respetaba, y contra el cual la España de nuestros días debió protestar: acto contra la moral y contra el reino. Disculpe á Fernando el amor á su hija; mas por una niña no se puede perder á todo un pueblo.

Murió aquel rey de memoria no feliz, y fueron sangrientos sus funerales.

Aunque el respeto al rey que descendía al sepulcro, y la errada opinión de muchos en punto al derecho de su hija, dividieron entonces á la antigua España, la mayor parte de esta se sacudió y se levantó y luchó sin plazas fuertes, sin dinero, casi sin armas contra la revolución apoderada de

PARTE OFICIAL DE LA GACETA

MINISTERIO DE HACIENDA.

Circular.

Honrado por S. A. el regente del reino con el cargo de formar parte de su Gobierno dirigiendo la Hacienda de España, y suspendidas casi al mismo tiempo las sesiones públicas de las Cortes Constituyentes, no ha podido el ministro que suscribe manifestar ante las mismas de qué manera entiende que los intereses del país han de ser administrados; y juzga por lo tanto necesario que V. S., como representante del Gobierno, conozca cómo se propone este llevar a cabo la siempre, y hoy más que nunca, difícil empresa de administrar las rentas públicas, de acrecentarlas en lo posible, de cubrir con ellas las cargas del Estado, de mejorar su crédito, y de buscar los medios a que necesariamente habrá de recurrirse si se ha de salvar el déficit que por desgracia arrojan nuestros desvelados presupuestos.

Conocido es del país el programa político del ministerio que ha presentado a las Cortes Constituyentes el presidente del Consejo, y que ha recibido solemnemente confirmación con los últimos actos del Gobierno, los cuales dan seguridad completa de que a mantener la paz pública y a restablecer el orden moral ha de dedicarse con incansable celo, utilizando para ello todos los recursos de que la sociedad dispone.

De los principios consignados en aquel programa se desprende que, promulgada ya la Constitución de la monarquía y nombrado el regente del reino, ha terminado por lo que hace a la gestión de la Hacienda el período revolucionario para dar principio a otro reformador y eminentemente liberal, pero a la vez de orden y de justicia, que permita el desarrollo pacífico y progresivo de los derechos que la Constitución ha consignado y que son la mas preciosa conquista de la revolución.

Tuvo esta por bandera la honra nacional, y a conservarla incólume se han de dirigir todos los esfuerzos del Gobierno. La manifestación de esta honra, en lo que hace relación con la Hacienda, consiste precisamente en el cumplimiento fiel de las promesas hechas y de las obligaciones aceptadas. En esta parte no debe suscitarse la menor duda, ni abrigarse recelo alguno acerca de los propósitos del Gobierno; sobrio en sus promesas, pero resuelto a cumplirlas, alimenta la esperanza de que nuestro crédito no ha de sufrir mengua por falta del riguroso cumplimiento de las obligaciones contraídas.

A su debido tiempo presentará el Gobierno a las Cortes Constituyentes la serie de medidas que han de encaminarse a buscar la solución de los problemas mas graves de nuestra Hacienda; pero entre tanto es necesario que los pueblos conozcan cuáles son los medios únicos naturales, y por lo tanto necesarios, aunque en la práctica trabajosos, de ir contribuyendo todos a la mejora de su situación; mejora que no es tan difícil como a primera vista parece si todos nos persuadiéramos de que es forzoso hacer grandes sacrificios si hemos de llevar a cabo la comenzada obra de nuestra regeneración política y económica, y si no hemos de desperdiciar las duras lecciones de la experiencia.

El Gobierno está resuelto a llenar su deber cumplidamente para conseguirlo; pero no es esto suficiente: es necesario que por su parte los ciudadanos todos comprendan que deben también llenar con rigurosa exactitud las obligaciones que la Constitución les impone.

Votado por las Cortes Constituyentes el presupuesto de ingresos, y aceptado por ellas el de gastos sin perjuicio de su revisión ulterior, es deber ineludible de toda autoridad el acatar y obedecer sus resoluciones, sometiéndose al pago de los tributos que, como absolutamente indispensables para sostener las cargas públicas, se ha impuesto la nación misma.

Preciso es que V. S. inculque esta verdad a sus subordinados, haciéndoles entender que así como el Gobierno forma el decidido propósito de hacer por los pueblos cuanto le compete, así tiene la firme resolución de exigir de estos que le auxilien cumpliendo por su parte con las obligaciones que la ley les ha impuesto.

Fácil es de adivinar la parte que a V. S. corresponde en esta obra como jefe superior de esa provincia. Si el ministro se declara fiel ejecutor de las resoluciones de las Cortes Constituyentes, y si cree que su honra le impone el deber de llevarlas a cabo, V. S. a su vez debe comprender con cuánta celo, con cuánta actividad está obligado a secundar el buen propósito del Gobierno. Y no se opone a ello en manera alguna la reciente organización que se ha dado a la administración económica de las provincias, porque en ello no se ha hecho otra cosa que eximir a los gobernadores del minucioso cuidado de técnicos detalles, sin privarles de la superior intervención que siempre les corresponde en su provincia como representantes del Gobierno y defensores de todos los intereses públicos.

En la parte relativa al presupuesto de gastos la obligación es del Gobierno solo, y el Gobierno sabrá cumplirla atendiendo a todas las clases con equitativa distribución. En la relativa al presupuesto de ingresos la obligación es de los pueblos, que deben pagar con religiosidad escrupulosa los impuestos.

Estos se hallan hoy divididos en dos grandes grupos bajo la dirección de dos jefes centrales. Constituyen el primer grupo las que siempre se han llamado contribuciones directas, y el segundo las que últimamente han recibido el nombre específico de *Rentas*; quedando separado el ramo de Loterías que, mas que un tributo de índole permanente, tiene el carácter de arbitrio accidental del Tesoro.

La contribución de inmuebles, cultivo y ganadería, el subsidio industrial y de comercio, el impuesto sobre sueldos y rentas y sobre traslaciones de dominio, y el impuesto personal, son los contenidos en el primer grupo, cuyo total asciende a la importante suma de 864 millones de reales; y V. S. comprende cuánto celo, cuánta prudencia, cuanto vigor y cuán delicado tacto necesita para tener y desplegar, en unión con el jefe económico, para que todo el mundo comprenda que en manera alguna puede eludir el pago; que es preciso no agravar los males públicos con injustas resistencias que han de vencerse forzosamente; que los países mas libres son los que mas se distinguen por su bien ordenada y segura tributación, por su religiosidad en el pago y por su veracidad en sus relaciones con la Hacienda; y por último, que también es preciso que comprendan todos que solo por este camino hemos de llegar a poner término a esa serie de empréstitos que a veces son indudablemente necesarios como recurso del momento; que no pueden por nuestro mal evitarse todavía, pero que si se transforman en sistema y se emplean constantemente para cubrir obligaciones de todos los días, conducen al país a su ruina por áspero y precipitado camino.

Por eso las Cortes han sancionado sobre las antiguas contribuciones directas el impuesto personal que sustituye al abolido de consumos; por eso es preciso, acatando su voluntad, pagar religiosamente este nuevo tributo, porque importa repetir que no es posible en modo alguno llevar a cabo esta empresa de regeneración y perfeccionamiento sin sacrificios de todo género.

Mas fácil es la recaudación de los tributos que corresponden al ramo de rentas, y que hoy comprende la de aduanas y las estancadas. En ellas todo el celo de V. S. ha de ejercitarse en extirpar el contrabando y evitar el fraude, que se estimulan y crecen cuando momentos de turbación política distraen hacia otras gravísimas atenciones el cuidado de los agentes del Gobierno. Sabe V. S., y no necesita el ministro recordárselo, cuál es su deber en esta materia: vigilar continuamente; alertar a los inmediatamente encargados de esa especial vi-

gilancia; castigar con mano severa y hasta dura, no solo sus culpas, sino sus descuidos, y recomendar a la consideración del Gobierno a los que cumplan su obligación con especial esmero.

El Gobierno considera que en este punto toda lenidad es un crimen que V. S. no puede tolerar sin incurrir en grave responsabilidad. Reformados los aranceles dentro de límites prudentemente liberales, que han de servir de aguijón a la industria, necesario es que esta cuente con que los derechos en ellos establecidos son una verdad que no ha de ser falseada por los descuidos de una administración indolente.

Respecto de los ramos estancados, no ha de ser parte a alojar en esa severidad la perspectiva del próximo desestanco, porque es lo cierto que hasta que esto se verifique el Estado cuenta con esos recursos, y necesita recaudarlos si no ha de ver aumentado el ya crecido déficit de los presupuestos.

Forma también parte de los mismos como recurso ordinario, aunque rigurosamente no lo sea, el producto de las rentas y ventas de las propiedades y derechos del Estado; y por demás es manifestar a V. S. si es importante ir sacando su recaudación del sensible retraso en que se encuentra; retraso que, si ha podido una vez justificarse por la esterilidad del año último, no tiene ya excusa alguna ante la perspectiva de una cosecha por lo general abundante. No debe, pues, V. S. permitir por más tiempo que los deudores al Erario por este concepto sigan esquivando el cumplimiento de una obligación, tanto más sagrada, cuanto mas voluntariamente contraída; y a la vez procurará V. S. que se terminen rápidamente las diligencias necesarias para sacar a la venta el mayor número de fincas posibles.

Por último, también a cargo de V. S. están las dependencias que en las provincias tiene la Caja general de Depósitos, puesta en liquidación por el Gobierno provisional, y en la cual tienen tanto interés los municipios por el 80 por 100 del producto de las ventas de bienes de propios en dicha Caja depositados: bien comprende V. S. cuán importantes son todas las operaciones a este ramo concernientes; y por lo tanto coadyuvará con inteligencia y eficacia a su gradual y completa realización.

Estas breves consideraciones bastarán para que V. S. comprenda cuánto el Gobierno se propone hacer hasta tanto que, reanudadas las sesiones públicas de las Cortes Constituyentes, someta a las mismas su pensamiento sobre la cuestión general de Hacienda. Mientras esto sucede, el Gobierno espera que V. S. sabrá cumplir estrictamente con su deber y hacer que los pueblos cumplan por su parte con el suyo, empleando para ello el convencimiento que tan bien sienta a la autoridad de que V. S. se halla revestido; y si por desgracia este no bastare, acudiendo a los medios coercitivos que las leyes ponen en sus manos. El Gobierno espera que no ha de llegar este sensible caso, y que los pueblos comprenderán que el respeto a la ley es el único medio de mostrar a la Europa que son dignos de gozar las libertades que se han conquistado y de ejercer la soberanía que de derecho les corresponde.

De orden de S. A. el regente del reino se lo comunico a V. S. para su inteligencia y efectos consiguientes. Madrid 24 de Julio de 1869.—Ardanaz.—Señor gobernador de la provincia de....

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

Beneficencia, sanidad y establecimientos penales.—Negociado 2.º

Con el fin de que pueda darse puntual cumplimiento a las reglas establecidas por los órdenes de 15 de Marzo y 30 de Abril último respecto a la organización de los establecimientos de aguas minerales; en vista de lo solicitado por algunos propietarios de los mencionados establecimientos, y teniendo en cuenta el criterio que inspiró aquellas disposiciones para armonizar el respeto debido a los derechos legítimamente adquiridos con la li-

bertad profesional y los deberes de la administración, el regente del reino se ha servido disponer:

1.º Que los médicos-directores de los establecimientos de baños no tienen que entenderse facultativamente con las personas que son asistidas de otro profesor, el cual, en uso de su legítimo derecho, obra bajo su responsabilidad como tiene por conveniente.

2.º Que como el derecho exclusivo de expedir las papeletas para el uso de las aguas se ha reservado al director del establecimiento con el único fin de que pueda cobrar por cada una de aquellas la remuneración de un escudo; llevar la estadística circunstanciada de los enfermos, y señalar las horas de turno a los bañistas, no hay ninguna razón que justifique el hecho de entender el médico-director en la asistencia o consulta de aquellas personas que han buscado a otros facultativos.

3.º Que bastará el envío por un médico cualquiera al director propietario del duplicado de la papeleta en que faculte para tomar las aguas a la persona que le hubiere consultado, y esto con el sólo fin de que el director oficial cobre sus derechos reglamentarios.

Si resultare del número de papeletas suministradas por los profesores alguna dificultad para los turnos señalados, el director, de acuerdo con aquellos, hará las correcciones que convengan para que el servicio se verifique con igualdad y con la regularidad conveniente.

4.º Que para que el director propietario pueda llevar con rigurosa exactitud los datos estadísticos que la administración le exige, los médicos que se establezcan están obligados a entregar al director oficial, a la conclusión de la temporada, copia literal del libro-registro que cada uno llevara para anotar las observaciones de la enfermedad y efectos curativos de cada bañista.

De orden de S. A. lo digo a V. S. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid 12 de Julio de 1869.—Sagasta.—Señor gobernador de la provincia de....

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Las partidas faciosas de la Mancha siguen huyendo hacia la sierra de la activa persecución de las tropas, cuyo entusiasmo y decisión por la causa de la libertad son cada vez mayores.

Hasta las dos de la madrugada no ocurría novedad en el resto de la Península.

Por decretos del ministerio de Gracia y Justicia fecha 26 del corriente, se declara cesantes a don Melchor Bermejo y a D. Ezequiel Valdés, magistrados de la Audiencia de Burgos, y se nombra para dichos cargos a D. Casimiro Grau y Figueras, y a D. Manuel Cornejo y Sainz.

NOTICIAS GENERALES.

Según dice un diario progresista, el Gobierno, para honrar más la memoria del difunto Sr. Aguirre, ha resuelto costear sus exequias, que se verificarán con gran solemnidad en uno de los templos mas espaciosos de esta corte. Tienen el encargo de prepararlas el presidente de las Cortes Constituyentes, el ministro de Gracia y Justicia y un individuo de la familia del finado.

El diario noticiero anunciaba ayer que hoy a las ocho de la noche se celebrarán en el Cármen Calzado las honras fúnebres por el eterno descanso del alma de dicho Sr. Aguirre.

El día 30 del actual, desde las nueve de la mañana a la una de la tarde, satisfará la Caja general de Depósitos los intereses vencidos en 1.º del que rige de los nuevos resguardos de la misma en que han sido convertidos los antiguos depósitos de metálico, y cuyas carpetas de señalamiento, que comprenden 30 depósitos, lleven los números del 1,601 al 1,628 inclusive.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. Santa Marta, virgen, San Félix, Papa y San Simplicio.

SANTOS DE MAÑANA. San Abdon y San Senen, mártires.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de San Ignacio, donde por la mañana habrá Misa mayor con sermón, y por la tarde vísperas de su titular y reserva.

En la parroquia de Santa María se está celebrando una devota novena a Nuestra Señora de la Flor de Lis: todos las tardes a las seis comienzan los ejercicios y está encargado del sermón D. Miguel Martínez.

En las Trinitarias habrá por la tarde ejercicios en obsequio de los Sagrados Corazones de Jesús y María, y dirá el sermón D. Bonifacio Herrero.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora de las Tribulaciones, en las Carboneras; ó la de las Angustias en las escuelas pías de San Fernando.

Se reza de San Vicente de Paul, confesor, con rito semi-doble y color blanco, haciéndose conmemoración de los Santos mártires, y de la Octava de Santiago.

OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 28 de Julio de 1869.

HORAS.	Barómetro reducido a 0º en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	Estado del cielo.
		Seco.	Húm.		
6 m.	705.57	21.6	16.7	E. N. E.	Despej.
9 m.	705.83	28.2	20.4	E. S. E.	Idem.
12 d.	705.06	34.0	21.2	S. O.	C. desp.
3 t.	704.12	37.6	21.4	S. O.	A. nub.
6 t.	703.66	35.5	33.5	S. O.	Despej.
9 n.	704.04	28.7	17.5	O. N. O.	Idem.

Temperatura máxima del aire, a la sombra 38,6

Idem mínima de id. 20,2

Diferencia..... 18,4

Temperatura máxima de la tierra, a cielo

descubierto..... 17,4

Idem mínima de id. 17,4

Diferencia..... 17,4

Temperatura máxima al sol, a 4,47 me-

tros de la tierra..... 47,3

Idem id. dentro de una esfera de cristal. 63,0

Diferencia..... 45,7

Lluvia en las 24 últimas horas, en milímetros..... 2

DIRECCION GENERAL DE COMUNICACIONES.

Segun los partes recibidos, ayer llovió en la Coruña, Huesca y Pontevedra.

MERCADO DE MADRID.

AYUNTAMIENTO POPULAR.

De los partes remitidos en el día de ayer por la intervención del mercado de granos y nota de precios de artículos de consumo resulta lo siguiente:

PRECIO DE GRANOS EN EL MERCADO DE ROY.

Cebada añeja, de 2,200 a 2,400 escudos fanega.

Idem nueva, de 2 a 2,200 escudos fanega.

Trigo vendido.... 598 fanegas.

Precio medio.... 4,246 escudos.

Lo que se anuncia al público para su inteligencia.—Madrid 28 de Julio de 1869.—El alcalde primero, Nicolás María Rivero.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Pelayo 34,

a cargo de R. Labajos y Arenas.

Tanto los anuncios como igualmente los comunicados, se insertarán a precios convencionales.

SECCION DE ANUNCIOS.

Rebaja a las corporaciones, sociedades mercantiles y a las particulares que anuncien periódicamente.

ELIXIR DIGESTIVO DE PEPINA
GRIMAULT Y C.ª FARMACÉUTICOS DE PARÍS

EMPLEADO CON ÉXITO SIEMPRE SEGURO CONTRA

Las malas digestiones, Las náuseas, Píntidas, Enflaquecimiento.	Eructos gaseosos, Irritación del estómago y de los intestinos.	Gastritis, Gastralgias, Cólicas, Vómitos de mujeres en cinta.
--	---	--

La firma GRIMAULT Y C.ª Farmacéuticos de S. A. I. el príncipe Napoleón, garantiza la eficacia de este delicioso licor.
Depósito en Madrid, en casa de los SS. Borrell hermanos; Simon; Ulzurrun; Moreno Miguel; y para los pedidos, LA AGENCIA FRANCO-ESPAÑOLA, 34, calle del Sordo.

AGENTE DE HACENDAS FRESCOS DE BACALAO DE HOGE
7, RUE CASILLON, PARIS

Depósitos en Madrid: Farmacia de Simon, Moreno Miguel, Escobar, Sanchez Ocaña, Ortega y Just. La Agencia franco-española, 34, calle del Sordo, sirve los pedidos. En provincias en todas las buenas farmacias. (A.—5,056.)

JABON MIRANDA
DE RIGAUD E C.ª

Basta comparar este jabon con los que se fabrican diariamente para reconocer que debe dársele la preferencia. Satina la piel, produce abundante espuma que transforma el agua en un baño lechoso, y su perfume es de los mas delicados. Ademas se halla completamente privado de acidos y es por lo tanto de toda inocuidad para el cutis.

Depósitos en Madrid: Sres. Simon, Borrell hermanos, Ulzurrun, Moreno Miguel, Escobar, Sanchez Ocaña y Saavedra. (A.)

EL MISTERIO Y LA CIENCIA.
CONFERENCIAS del P. Félix en 1865. Véndese este folleto de 156 páginas a 4 reales en Madrid y 5 en provincias, en la administración de El Pensamiento Español, Pelayo 34 y 50.

CHOCOLATES.
FÁBRICA-MODELO DE LA

COMPANIA COLONIAL.

14 AÑOS DE EXISTENCIA.

ONCE MEDALLAS DE PREMIOS.



CAFÉS, TES, TAPIOCA
DE TODAS CLASES.

DEPOSITO GENERAL, calle Mayor, 18 y 20, Madrid.
SUCURSAL, MONTERA, 8. Pedir prospecto.

CÁPSULAS RAQUIN
de París. Después de cien curaciones obtenidas de igual número de enfermos, la Academia de medicina ha declarado que estas cápsulas son superiores a todas las demás preparaciones. Para precaverse contra la falsificación, exijase el nombre del inventor Raquin, que lleva cada frasco. Véndese en las principales farmacias de España en que se hallan los *Vejigateros* y *papel de Albesa* peñes. En Madrid, Sanchez Ocaña, Escobar y Moreno Miguel.

JARABE
de SAVA DE PINO MARITIMO
DE LAGASSE
FARMACÉUTICO DE BRUXELLES

Empleado victoriosamente en el tratamiento de los CATARROS, BRONQUITIS, HEMOPTIS y muy poderoso en los diversos períodos de la HIES.

Cura los espasmos de sangre, las toses mas tenaces. La opresión, los dolores de pecho, la alteración de la voz, los accesos nocturnos de los asmáticos y modifica las lesiones graves de los órganos respiratorios.

Depósito general en Madrid, BORRELL hermanos, CALDERON, y MORENO.

BANOS HIDRO-SULFUROSOS
de Grabalos.

PROVINCIA DE LOGROÑO.

Estos antiguos banos, conocidos por el gran mérito de sus aguas, están abiertos al público desde 1.º de Junio a fin de Septiembre. Hay coches diarios desde Castañeda y Tudela de Navarra al mismo establecimiento, en el que existen habitaciones y fonda de primera y segunda clase a precios económicos.

(Núm. 712.—1 p. s.)

D. CARLOS EL DESEADO.

Novísimo opúsculo que contiene el árbol genealógico de los reyes de España, en el que se demuestra el derecho de D. Carlos VII, por ambas líneas paterna y materna: obra importantísima y útil a todas las clases; va seguida del mismo en romance popular con notas históricas.

Se hallará de venta un cuaderno de 32 páginas en las librerías de Olamendi, calle de la Paz; Aguado, Poncejos; Tejado, Arévalo; y D. Leocadio Lopez, Carmen.—Precio 2 rs. y 2 1/2 en provincias.

Todos irán rubricados, por ser propiedad. (Núm. 732.—3 v.)

LOS MISTERIOS DE LA FABRICACION
del vino: su crianza, mejora y conservación; con un recetario infalible para reponerle de sus enfermedades y privarle de defectos. Manual adaptado a la localidad del que se pida. 300 reales.—Sierra, calle de Torja, 6, 3.º, Madrid.

(Núm. 725.)—17, 21, 24 y 29. Julio.—2, 40, 14, 48, 23, 27, 31, A.

LA HONRA DE CÁDIZ.
POR UN INCONSEQUENTE LIBERAL.

Se ha publicado la segunda edición corregida de este notable folleto, que se vende a 3 rs. en Madrid y 4 en provincias.

Puntos de venta. Madrid: librería de Tejado, Arévalo, 20; Olamendi, Paz, 6, y Durán, Carrera de San Jerónimo, 8.

Provincias. Viuda de Zamora, Granada. Viuda de Subirana, Barcelona.—Polo, Burgos.—D. Juan Nuevo, Valladolid.—Administración de La Bandera Cañica, id.—D. Bernardino Robles, Vitoria.—Sr. Izquierdo, Sevilla.—D. José Comín y viuda de Heredia, Zaragoza.—Sanz y viuda de Badal, Valencia.—D. Felipe Guaps, Palma de Mallorca.—D. Ramon Pazo, Santiago.—D. José Ramon Perez, Orense.—D. Eduard García, Tarragona.